

Laureles de gloria

Sr. D. Miguel Rodríguez Zamorano
Sargento de Ingenieros

«Simeón y Levi, hermanos, instrumentos guerreadores de iniquidad. No entre mi alma en el cuerpo de ellos, ni en su compañía sea mi gloria, porque en su saña mataron varón y socavaron muro.»

(Génesis. Cap. II, vers. 5 y 6).

LA GUERRA DE MINAS EN LA ANTIGÜEDAD

Las palabras que anteceden, tomadas del testamento de Jacob en la Sagrada Biblia, libro del Génesis, nos enseñan que tan antiguo como las guerras es el sistema táctico de hacerlas subterráneas, ya que los hombres, «instrumentos guerreadores de iniquidad», buscando con saña vencer al enemigo, no titubearon en adentrarse por las entrañas de la tierra socavando muros para derribarlos por falta de cimentaciones, o bien para volarlos utilizando los explosivos. Por el primero de los procedimientos dichos, sin duda el más antiguo, se derrumbaron, según modernas investigaciones, las históricas murallas de Jericó.

Una gran excavación bajo las citadas fortificaciones de la ciudad fué ordenada por Josué, y practicada en una extensión de 500 metros, ocasionó la caída de las murallas. Troncos de árboles apuntalando las bóvedas subterráneas y haciendo las

veces de los cimientos, para que se sostuvieran mientras minaban los hebreos, fué la inteligente idea que imaginó el genial Caudillo para después asaltar la fortaleza. Lo demás, bien claro lo leemos en la Historia Sagrada. Los sacerdotes, tomando sobre sus hombros el Arca Santa y escoltados por los más aguerridos hombres de armas, se aproximaron a la ciudad. Durante seis días dieron una vuelta diaria junto a las murallas, haciendo sonar sus trompetas de guerra; al séptimo día en lugar de una, fueron dos las vueltas que dieron. Esta segunda vuelta, sin duda alguna, sirvió de señal para empezar el asalto. El sonar de las trompetas fué la orden que obedeció unánime todo aquel gran pueblo de Dios, y los puntales que soportaban el peso de las murallas ce-



dieron al esfuerzo del tiro que de ellos hacían con cables y cuerdas mujeres, ancianos, niños y animales. Al caer los puntales cayó la muralla en medio kilómetro de extensión, y por ese hueco pasaron los asaltantes, apoderándose de la ciudad que fué pasada a cuchillo.

LA GUERRA DE MINAS EN LA EDAD MEDIA

Con la aparición de la pólvora en la Edad Media, entra la guerra de minas en una nueva fase más cruel y peligrosa; pues si antes producía desorden y confusión el derrumbamiento imprevisto de una fortaleza, ahora se aumentaba al ver el combatiente, por efecto de la explosión, volar no sólo las piedras, sino, como bien dice Cervantes en el Quijote: «improvisadamente ha de subir él a las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad».

En la introducción de la pólvora en la guerra de minas, se puede considerar como primer creador de este sistema a un capitán español: Pedro Navarro, quien ya en vida fué objeto de los honores y agasajos por tal innovación. Dos minas hicieron célebre a Navarro: la del Castillo de San Jorge, en la Cefalonia (Italia) y la del Castillo del Huevo (Castell-Ovo), fuerte obra avanzada de la ciudad de Nápoles. Las dos en la misma campaña de 1503. Esta última, ya tan perfeccionada que puede considerarse toda una mina moderna, y que dió renombre a Navarro en toda Europa.

LA GUERRA DE MINAS CONTEMPORANEA

Desde entonces se ha utilizado el arma de las minas en todas las guerras. Por no ser extensos en su relato no citamos guerras ni casos, más si debemos hacer constar que en las entrañas de la tierra cada día ha aumentado la lucha entre los combatientes: sistema de lucha verdaderamente infernal, que con distintas facetas, minas y contraminas, ha llegado a denominarse con razón «guerra de topas».

Durante nuestra Guerra de Liberación, este sistema de lucha mereció la atención especial del Mando. El enemigo por su baja moral e indisciplina, no se batía airoosamente sobre la superficie del terreno y acudió pronto a la lid en el subsuelo. Así, vimos minas en todos aquellos frentes donde los soldados nacionales tenían más a raya a sus contrarios. Recordemos las dos minas del Alcázar de Toledo, que asombraron al mundo al derrumbar un torreón de la fortaleza y lanzar a distancia de un kilómetro un camión que había en las inmediaciones de la bocamina. Y minas hubo en Toledo, y en Teruel y principalmente en el frente de Madrid; estas fueron las que se hicieron más famosas, derrumbando edificios enormes de la Ciudad Universitaria, y siendo en el citado sector la única «razón para vencer». Los mejores, por expertos dinamiteros y mineros asturianos y de Riotinto fueron enviados a la Ciudad Universitaria. Se les opusieron en principio casi exclusivamente el patriotismo de los nacionales; de unos soldados, que si menos hábiles en el manejo de la zapa, sabían llegar al sacrificio y ser héroes. Héroes, que igual que trabajaban impávidos en una contramina, sabían desgranar entre sus callosas manos las cuentas del rosario; plegarias que iban perfumando, en el caer de la tarde, el ambiente de lucha de los parapetos y chabolas, rodando al eco de cada Avemaría de posición en posición.

antes de subir al cielo, impetrando perdón para sus enemigos. ¡Qué bellos aquellos rosarios del frente! Rezábamos como no lo habíamos hecho nunca, sin duda porque estábamos más cerca de Dios, al llevarle continuamente en nuestros corazones de cruzados de la fe.

Entre tantos héroes, estaba Zamorano, ¡el Sargento Zamorano!. Y como Dios eligió a los mejores para su gloria, un día se lo llevó a su lado. Si lo llamó a su lado fué, sin duda, por ser una flor entre las mejores del jardín de la Universitaria, que sabía entregar su amor y su vida en honor de España en Cruzada Santa donde eran sinónimos Dios y Patria.



Fué Zamorano, desde el primer día que pisó aquel frente, el hombre de confianza de su jefe inmediato, a quien acompañó constantemente por el subsuelo, calando colectores, efectuando voladuras y trabajando en las peligrosísimas contraminas. Para arular los trabajos del enemigo, Zamorano penetró en la galería del pozo 214; galería que recorrió con el Teniente De La Concha Ballesteros (hoy también Caballero Laureado), cargando varios hornillos que luego volaron. En un momento determinado se encontraron en una excavación enemiga donde había amontonados sacos de dinamita, la cual explosionaron segando la mina del enemigo. En días sucesivos estuvieron varias veces bajo tierra y dentro del radio de acción de los hornillos enemigos, siempre combatiendo con su lucha peculiar tan arriesgada. En uno de los reconocimientos para apreciar los efectos de una voladura, por exceso de celo en el cumplimiento de su deber, murió intoxicado.

Fué recompensado con la Orden de San Fernando y su nombre esculpido con letras de oro en la Historia Patria. Se le otorgó la Cruz Laureada por Orden de 20 de junio de 1944 (D. O. núm. 126).

Buen ejemplo nos legó este compañero sobre el cumplimiento del deber hasta dar la vida por la Patria.

CAMOSA

Del Servicio Histórico Militar